

uno, pero público, terrible, sangriento, insulto que decidió de su porvenir, pues no solamente era una provocación a un rival, más también una declaración de guerra a todos los blancos. Jorge se halló pues, por la corriente irresistible de los hechos, frente por frente de la preocupación que él viniera a provocar de tan lejos, y ambos iban a luchar cuerpo a cuerpo, como dos enemigos mortales.

XVIII

LAÍSA

Retirado en el aposento que para él hiciera alhajar en la casa de su padre, en Moca, Jorge estaba reflexionando sobre la posición en que acababa de colocarse, cuando le anunciaron que un negro preguntaba por él. Jorge que, como es natural, dióse a entender que el negro era un mensajero de Enrique de Malmedie, ordenó que lo hiciesen entrar; pero al hallarse aquél en su presencia, a la primera mirada echó de ver que se había engañado, y que aquel hombre no le era desconocido, por más que no recordaba dónde lo viera.

—¿Me conoce usted?—preguntó el negro.

—No—respondió Jorge—y sin embargo no es esta la primera vez que nos vemos, ¿no es verdad?

—Nos hemos visto dos veces—profirió el negro.

—¿Dónde?

—La primera en el río Negro, cuando salvó usted a la doncella; la segunda...

—Es verdad, me acuerdo—interrumpió Jorge;—¿y la segunda?

—La segunda, atajó a la vez el negro, cuando me emancipó usted. Me llamo Laísa, y mi hermano se llamaba Nazim.

—¿Qué ha sido de tu hermano?

—Esclavo, intentó fugarse para regresar a Anjuán; libre, gracias a usted, partió y en la hora de ahora debe de estar junto a nuestro padre. Gracias por él.

—¿Y por qué tú, siendo libre como eres, te has quedado?—preguntó Jorge.—Es singular.

—Va usted a comprenderlo inmediatamente—respondió el negro sonriéndose.

—Vamos a ver—repuso Jorge, que, a pesar suyo, empezaba a tomar interés en la conversación.

—Soy hijo de jefe—prosiguió Laísa,—y en mis venas corre sangre árabe y zanguebares, con lo que dicho se está que no nací para esclavo.

Jorge se sonrió del orgullo del negro, sin pensar que tal orgullo era el hermano menor del suyo.

—El jefe de Querimbo—continuó Laísa, sin ver o sin fijarse en aquella sonrisa,—me cogió en una guerra y me vendió a un negrero que a la vez me vendió al señor de Malmedie, a quien ofrecí por mi rescate, si quería enviar un esclavo a Anjuán, veinte libras de polvo de oro; pero el señor de Malmedie no dió crédito a la palabra de un negro, y se negó a acceder a mi petición cuantas veces insistí. Luego se operó un cambio en mi vida, y ya no pensé en partir.

—¿Te trató el señor de Malmedie como merecías?—preguntó Jorge.

—No es eso—respondió Laísa.—Tres años des-

pues cogieron y vendieron a mi hermano Nazim como a mí, y por fortuna al mismo amo que a mí; pero como no le asistían las mismas razones que a mí para quedarse en esta isla, intentó fugarse. Lo demás ya usted lo sabe, pues usted lo salvó. Yo quería a mi hermano como si fuese hijo mío, y a usted lo quiero ahora como a mi padre. Ahora bien, escuche usted lo que pasa, pues le interesa tanto cuanto a nosotros. En la isla hay ochenta mil negros y veinte mil blancos.

—Ya lo sé—dijo el mulato sonriéndose.

—Me lo figuré—repuso Laísa.—De los ochenta mil negros, a lo menos veinte mil pueden empuñar las armas; en tanto que los blancos, incluso los ochocientos soldados ingleses de la guarnición, apenas pueden reunir cuatro mil hombres.

—También lo sé—contestó Jorge.

—Y bien, ¿no adivina usted?—preguntó Laísa.

—Explícate.

—Estamos decididos a deshacernos de los blancos. Hemos padecido bastante para tener el derecho de vengarnos.

—¿Y bien?—preguntó Jorge.

—Estamos prestos—respondió Laísa.

—¿Qué os detiene pues? ¿Por qué no os vengáis?

—Porque nos falta un jefe, o por mejor decir nos proponen dos; pero ni uno ni otro son hombres para dirigir tal empresa.

—¿Quiénes son?

—Uno de ellos es Antonio el malayo.

—¿Y el otro?—preguntó Jorge sonriéndose con desdén.

—Soy yo—respondió Laísa.

Jorge miró de hito en hito a aquel hombre que daba a los blancos el singular ejemplo de modestia de no tenerse por digno del sitio a que estaba llamado, y repuso:

—¿Conque el otro eres tú?

—Sí, señor—contestó el negro,—pero tal empresa no es para que la dirijan dos jefes, sino uno solo.

—¡Ah!—profirió Jorge dándose a entender que Laísa ambicionaba el mando supremo.

—Sólo ha de haber un jefe, uno solo, absoluto, un jefe cuya superioridad no pueda ser discutida.

—Bien, pero ¿dónde hallarlo?—preguntó Jorge.

—Ya hemos dado con él—respondió Laísa mirando fijamente al joven mulato;—pero todo estriba en que acepte.

—De aceptar le va la cabeza.

—¿Acaso nosotros no arriesgamos nada?—replicó Laísa.

—¿Qué garantías le daréis?

—Las que él nos ofrezca, un pasado de persecuciones y esclavitud y un porvenir de venganza y libertad.

—¿Cuál es vuestro plan?

—Mañana, después de la fiesta del Yamsé, cuando los blancos, fatigados de las diversiones del día, se hayan retirado luego de haber visto quemar el gun, los lascars se quedarán solos en la margen del río de las Latanias, y a ellos y de todos lados se reunirán africanos, malayos, madagascarenes, malabares, indicos y cuantos han entrado en la conspiración, y, reunidos, elegirán un jefe para que los dirija. ¿Quiere usted ser nuestro jefe?

—¿Quién te ha encargado que me hicieras esta proposición?—preguntó Jorge.

—Nadie—respondió Laísa sonriéndose con desdén.

—¿Luego has venido por inspiración propia?

—Sí, señor.

—¿Y quién te ha sugerido tal inspiración?

—Usted mismo.

—¡Yo!

—Usted, sí, señor, pues no puede usted ver cumplidos sus anhelos sino con nuestro apoyo.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo anhelo algo?

—Anhela usted casar con la rosa del río Negro, y odia usted al señor Enrique de Malmedie. Anhela usted poseer la una y vengarse del otro. Unicamente nosotros podemos ofrecer a usted los medios de realizar la venganza y la posesión, pues no consentirán en dar a usted a la una por mujer, ni permitirán que el otro se desafíe con usted.

—¿Y quién te ha dicho que yo amaba a Sara?

—Mis ojos.

—Te engañas.

—Los ojos de la cara se engañan a las veces—repuso Laísa moviendo a uno y otro lado y con tristeza la cabeza, pero nunca los del corazón.

—¿Serías acaso mi rival?—articuló Jorge sonriéndose con desdén.

—Sólo es rival el que alienta la esperanza de ser amado—respondió Laísa suspirando,—y la rosa del río Negro nunca amará al león de Anjuán.

—¿Luego no eres celoso?

—Usted le salvó la vida, y su vida le pertenece; yo ni siquiera tuve la suerte de morir por ella, y eso que hice cuanto estuvo en mí para lograrlo.

—Sí, eres valiente—profririó Jorge;—pero ¿y los demás? ¿Puedo contar con ellos?

—Sólo puedo responder de mí, y de mí respondo—dijo Laísa,—así pues haga usted con-

migo cuanto puede hacerse con un hombre valeroso, fiel y abnegado.

—¿Serás el primero en obedecerme?

—En todo.

—¿Aun en lo que ataña...?

—Aun en lo que ataña a la rosa del río Negro—dijo Laísa redondeando el pensamiento de Jorge.

—Pero dime ¿cuál es el origen de tu devoción por mí?

—El ciervo de Anjuán iba a morir a los latigazos de sus verdugos, y le rescató usted la vida. El león de Anjuán estaba encadenado, y le devolvió usted la libertad. El león es no solamente el más fuerte, pero también el más generoso de los animales.

Y cruzando los brazos e irguiendo con orgullo la frente, el negro prosiguió:

—Y porque es fuerte y generoso, apellidan a Laísa el león de Anjuán.

—Está bien—dijo el mulato tendiendo la mano al negro.—Pido un día para decidirme.

—¿Y qué decidirá de la aceptación o no aceptación de usted?

—Hoy he insultado grave, pública y mortalmente al señor Enrique de Malmedie.

—Lo sé, lo he visto con mis propios ojos—dijo el negro.

—Si el señor de Malmedie se pelea conmigo, nada tengo que decir.

—¿Y si se niega?—preguntó Laísa sonriéndose.

—En este caso contad conmigo; porque como saben que el señor de Malmedie es valiente, como ya ha tenido dos duelos con los blancos y en uno de ellos mató a su adversario, habrá añadido un tercer insulto a los dos que ya me ha inferido, y entonces se habrá colmado la medida.

—Luego es usted nuestro jefe—dijo Laisa,— pues el blanco no se peleará con un mulato.

Jorge arrugó el ceño, pues ya a él se le había ocurrido el mismo pensamiento. Sin embargo, ¿era posible que el blanco conservase el estigma de vergüenza que el mulato le imprimiera en el rostro?

En esto entró Telémaco, con la mano en su oreja, de la que, como hemos dicho, Bijou le había arrancado parte, y dijo:

—El capitán holandés querría hablar con usted, señor.

—¿El capitán Van den Broek?—preguntó Jorge.

—Sí, señor.

—Está bien—profririó Jorge. Y volviéndose hacia Laisa, añadió:—Aguárdame aquí, vuelvo; probablemente podré darte mi respuesta más pronto que no esperé.

Jorge se salió del aposento en que estaba Laisa, y se entró con los brazos abiertos en el en que se hallaba el capitán.

—¡Ah! ¿me conociste?—exclamó el fingido Van den Broek.

—Sí, Jacobo—respondió Jorge,—y pláceme en el alma abrazarte, sobre todo en este momento.

—Pues mira, ha estado en lo negro de una uña como no pudieses haberte dado este gusto.

—¿Y eso?

—A estas horas tendría que haber partido.

—¿Por qué?

—Porque huelo que el gobernador es un zorro de mar.

—Di un lobo, un tigre—repuso Jorge.—¿Sabes tú quién es el gobernador? Pues nada menos es el famoso comodoro Guillermo Murrey, el antiguo capitán de la *Leicester*.

—¡De la *Leicester*! Debí haberlo sospechado. Ahora lo comprendo todo: como tenemos pendiente una cuenta...

—¿Qué ha pasado?

—Nada, que el gobernador, después de las carreras, se ha llegado a mí y me ha dicho con mucha zalamería que mi buque era muy hermoso, en lo cual nada hay que decir; pero luego ha añadido si mañana podría hacerme una visita a bordo.

—Sospecha algo.

—¡Y yo que, como un mentecato, sin sospechar lo más mínimo, henchido de vanidad lo he convidado a almorzar en la *Calipso*!

—¿Y ha aceptado?

—¡Vaya si ha aceptado!

—¿Y bien?

—Ahora verás; al regresar de a bordo adonde he ido con objeto de ordenar lo necesario para el almuerzo, he observado que desde la montaña de la Descubierta hacían señales en dirección a alta mar, y hame dado en la nariz que en tales señales podía yo muy bien tener que ver. Entonces me he subido a la montaña, y con mi catalejo he inspeccionado el horizonte; cinco minutos después he estado al cabo; a unas veinte millas había un buque que respondía a aquellas señales.

—¿Era la *Leicester*?

—Tú lo has dicho; quieren bloquearme; pero ya tú comprendes que no vine al mundo ayer: el viento sopla del sudeste, de modo que la *Leicester* no puede entrar en Puerto Luis sino navegando de bolina, y como a este paso necesita a lo menos doce horas para llegar a la isla de los Toneleros, yo entretanto me doy a la vela contigo, que para eso me he venido.

—¿Conmigo? ¿Y por qué razón he de partir yo también?

—¡ Ah ! es verdad, todavía no te he dicho nada. Pero hombre, ¿ cómo se te ha ocurrido la endiablada idea de cruzar de un latigazo la cara de aquel apuesto muchacho? Esto no está bien.

—¡ Qué ! ¿ tú no sabes quién es aquel hombre?

—¿ No he de saberlo si había apostado cuatro mil duros contra él? De molde, *Antrim* es un gran caballo ; dale mil enhorabuenas de mi parte.

—¿ Y bien? ¿ No recuerdas que Enrique Malmédie, hace catorce años, el día del combate?...

—¿ Qué?

Por toda respuesta Jorge se levantó los cabellos y mostró a su hermano la cicatriz que le surcaba la frente.

—Es verdad, es verdad — exclamó Jacobo ; — ¡ voto al diablo ! rencoroso eres ; se me había olvidado esta historia ; pero si mal no me acuerdo, esa fineza de Enrique le valió un mojicón que compensó con creces su sablazo.

—Dices bien, y aún olvidé su primer insulto, o por mejor decir estaba dispuesto a perdonárselo, cuando me infirió otro.

—¿ Cuál?

—Me negó la mano de su prima.

—¡ Hombre ! Estás chistoso. ¿ Cómo quieres tú que un padre y un hijo que cuidan de una heredera como de una codorniz en tiempo de muda, para desplumarla luego a sus anchas por medio del matrimonio, al estar la codorniz gorda y a punto dejen que se la lleve un cazador furtivo? ¡ Bah ! ¿ Acaso podían hacer otra cosa que negártela? Esto sin contar que somos mulatos, nada más que mulatos.

—Por eso no tomé por insulto la negativa ; pero durante la discusión me amenazó Enrique con un junquillo.

—En este caso hizo mal. Y tú lo acogotaste, ¿ no es eso?

—No—respondió Jorge riéndose de los medios de conciliación que, en tales circunstancias, se le ocurrían siempre a su hermano ;—pero le pedí satisfacción.

—¿ Y se negó a dártela? ¡ Está claro, como somos mulatos ! Ciertamente que de tiempo en tiempo aporreamos a los blancos ; pero los blancos no se pelean con nosotros.

—Y entonces le dije que le obligaría a pelearse conmigo—prosiguió Jorge.

—¿ Y por eso en plena carrera, *coram pópulo*, que decíamos en el colegio de Napoleón, le has cruzado el rostro de un latigazo? No estaba mal hilado, y ha estado en un tris como no has conseguido tu propósito.

—¿ Qué quieres decir?

—Que efectivamente el primer ímpetu de Malmédie ha sido desafiarse contigo ; pero nadie ha querido servirle de testigo, y sus amigos hanle dicho que tal duelo era imposible.

—Bueno, se guardará el latigazo.

—Sí, pero a ti te reservan otra cosa.

—¿ Qué?—preguntó Jorge frunciendo las cejas.

—Como a pesar de cuanto le han dicho, el testarudo quería pelearse a todo trance, para que renunciase al duelo han tenido que prometerle que una de estas noches, mientras estarías en la ciudad, se emboscarían ocho o diez en el camino de Moca, que te sorprenderían cuando menos te lo percatases, te amarrarían a una escalera y te darían veinticinco latigazos.

—¡ Ah, miserables ! ¡ Este es el castigo de los negros !

—¿ Y qué somos los mulatos sino negros blancos?—repuso Jacobo.

—¿ Eso le han prometido?—profirió Jorge.

—Formalmente.

—¿Estás seguro?

—Como que lo han dicho en mi presencia. Me han tomado por un holandés castizo y no han revelado de mí.

—Está bien—repuso Jorge;—ya he tomado mi resolución.

—¿Partes conmigo?

—Al contrario, me quedo.

—Créeme, hermano—articuló Jacobo poniendo la mano sobre el hombro de Jorge,—sigue el consejo de un filósofo: no te quedes, vente conmigo.

—No puede ser, parecería que huyo; por otra parte, amo a Sara.

—¡Que amas a Sara! ¿Qué quiere decir «Amo a Sara»?

—Que o poseo a esa mujer o se acabó mi vida.

—Mira, Jorge, yo no comprendo pizca de esas sutilezas. Cierto que nunca me he enamorado más que de mis pasajeras, que no ceden a las demás mujeres, yo te lo flo; y cuando las hayas tú cata-do, trocarás cuatro blancas por una mujer de las islas Comores, pongamos caso. En este momento poseo seis entre las cuales puedes elegir como entre peras.

—Gracias, Jacobo; pero te repito que no puedo salir de la isla de Francia.

—Y yo te repito que haces mal. La ocasión no puede ser más propicia, y no volverá a presentársete. Yo me doy a la vela esta noche, a la una, a la chita callando; vente conmigo, y mañana nos hallaremos a veinte leguas de aquí, y nos burlaremos de todos los blancos de la isla de Mauricio, sin contar que, de atrapar a algunos de ellos, podremos hacerles administrar por cuatro marineros míos la gratificación que te reservaban.

—Gracias, hermano—repitió Jorge;—es imposible.

—Eres hombre, y cuando un hombre dice no, es que efectivamente no puede ser. Partiré sin ti.

—Parte, pero no te alejes en demasía, y verás algo que no sospechas.

—¿Qué veré? ¿un eclipse de luna?

—Verás inflamarse desde el canalizo de Descorne hasta el morro de Brabante, y desde Puerto Luis hasta Maheburgo un volcán que rivalizará con el de la isla de Borbón.

—¡Ah! ¡ah! esto ya es distinto; por lo que se ve tienes ideas pirotécnicas. Ea, explícame eso.

—Dentro de ocho días, esos blancos que me amenazan y me menosprecian y quieren hacerme azotar como a un cimarrón, estarán a mis pies.

—Ya, una sublevacioncilla. Comprendo. Esto sería hacedero si en la isla hubiese no fuesen más que dos mil hombres como mis ciento cincuenta lascares. Y digo lascares por costumbre, porque por fortuna no hay ni uno que pertenezca a esa miserable raza: todos son honrados bretones, valientes americanos, verdaderos holandeses, españoles legítimos, lo mejor de las cuatro naciones. Pero tú ¿con qué vas a sostener la revuelta?

—Con diez mil esclavos cansados de obedecer y anhelosos de mandar a su vez.

—¿Negros? ¡Psí!—profirió Jacobo repulgando con desdén el labio inferior.—Los vendo, mira tú si sé qué son los negros: soportan bien el calor, eso sí, se pasan un día con una banana en el estómago, son infatigables en el trabajo y tienen aún otras cualidades, que al fin no puedo despreciar mi mercancía; pero son muy pobres soldados. De molde, no más tarde de hoy el gobernador me ha preguntado mi parecer respecto de los negros: «Usted que ha viajado tanto, me ha dicho, y que al parecer es excelente observador, ¿qué haría usted si fuese gobernador de una isla y se sublevasen los negros?»

—¿Qué le has contestado tú?

—Estas textuales palabras: «De ser yo gobernador de una isla y se sublevasen los negros, desfondaría en las calles por las cuales tuviesen que pasar los sublevados un centenar de barricadas de aguardiente e iría a acostarme con toda tranquilidad».

Jorge se mordió los labios hasta arrancar sangre de ellos.

—Así pues, torno a repetírtelo, hermano—continuó Jacobo,—lo mejor que puedes hacer es venirte conmigo.

—No puede ser.

—Pues no se hable más del asunto; abrázame.

—Dios te guarde, Jacobo.

—Adiós, hermano. Pero créeme, no te fíes de los negros.

—¿Conque partes?

—¡No he de partir! No soy orgulloso como tú, y en alta mar sé huir, cuando llega el caso, tanto cuanto quiera la *Leicester*; que venga a ofrecerme un partido de bolos, y verá si pongo hocicos; pero en el puerto, bajo el fuego del fuerte Blanco y del reducto de La Bourdonnaie, ¡guarda! Por última vez, ¿te vienes?

—No.

—Adiós, pues.

—Adiós.

Los dos jóvenes se abrazaron, y Jacobo se entró en la habitación de su padre, que, ignorante de cuanto había pasado, dormía a pierna suelta. En cuanto a Jorge, tornó al aposento donde le estaba aguardando Laísa.

—¿Y bien?—preguntó el negro.

—Di a los sublevados que tienen jefe.

Laísa cruzó las manos sobre el pecho, y, sin preguntar más, hizo una profunda reverencia y fuése.

XIX

EL YAMSÉ

Va dicho que las carreras no eran sino un episodio de las fiestas del segundo día; así pues, concluidas aquéllas y a eso de las tres de la tarde, la abigarrada muchedumbre que cubría la montaña se encaminó hacia el llano Verde, mientras los elegantes de uno y otro sexo que habían asistido al hípico espectáculo en coche o a caballo, se volvían a sus respectivas casas para comer y luego asistir a los ejercicios de los lascars.

Los cuales ejercicios consistían en una gimnástica simbólica compuesta de carreras, danzas y luchas acompañadas de cantos discordantes y de música bárbara con los que se confundían los gritos de los negros industriales que trafican por su cuenta o la de sus amos, y que van reclamando, los unos: «¡Bananas! ¡bananas!» Los otros: «¡Caña dulce! ¡caña dulce!» Estos: «¡Cuajo! ¡El rico cuajo!» Aquéllos: «¡Calú! ¡quién quiere calú!»

Aquellos ejercicios duran hasta las seis de la tarde, hora en que sale la procesión llamada pequeña para diferenciarla de la gran procesión del día siguiente. Entonces entre las dos vallas de espectadores avanzan los lascars, unos semi escondidos bajo unas como puntiagudas pagoditas labradas al modo del gran gun, y a las que ellos apellidan *aidorés*; otros provistos de bastones y sables mellados, y otros, por último, casi en cue-

ros, o si decimos enfundados en desgarradas vestiduras. Luego y a una señal, los que llevan los aidorés empiezan a girar sobre sí mismos cual peonzas, los que empuñan sables y pasos luchan dando vueltas unos en torno de otros, descargando y parando los golpes con maravillosa destreza, y los últimos se golpean el pecho y se revuelcan por el suelo con la apariencia de la desesperación, y todos gritan a la vez o uno a uno: «¡Yamsé! ¡Yamlí! ¡Oh, Heseín! ¡Oh, Alí!»

Mientras los manifestantes se entregan a esta gimnástica religiosa, algunos de ellos ofrecen a todo el mundo arroz cocido y plantas aromáticas.

Este paseo dura hasta media noche, en que la procesión regresa al campo malabar en el mismo orden en que ha salido, y hasta el día siguiente a la misma hora.

Pero al día siguiente la escena cambió y se engrandeció. Después de haber ruado, como la víspera, por la ciudad los lascares, llegada la noche, se volvieron al campo para salir en busca del gun, resultado de la reunión de los dos bandos. Aquel año el gun era más grande y precioso que todos los precedentes. Cubierto de papeles los más ricos, brillantes y contrapuestos, iluminado vivamente por dentro, y exteriormente por lanternas de papel de todos colores suspendidas de las esquinas y de todos los saledizos, que hacían correr torrentes de tornasolada luz por sus costados, el gun avanzó llevado por gran número de hombres, unos colocados en el interior y otros en el exterior y cantando todos como lúgubre y monótona salmodia; delante del gun iban algunos exploradores que mecían, al extremo de bambúes de diez a doce pies de longitud,

faroles, antorchas, soles y otras piezas de artificio. Entonces la danza de los aidorés y las luchas cuerpo a cuerpo se anudaron con nuevo rigor, y los devotos de rasgadas vestiduras volvieron a golpearse el pecho exhalando gritos de dolor, a los cuales los demás respondían alternativamente: «¡Yamsé! ¡Yamlí! ¡Oh, Heseín! ¡Oh, Alí!» gritos aún más prolongados y desgarradores que en la víspera.

Es que el gun que ahora acompañaban estaba destinado a representar a un tiempo la ciudad de Queberla, en las inmediaciones de la cual pereció Heseín, y la tumba donde fueron encerrados sus restos; además, un hombre en cueros, pintado a lo tigre, figuraba el león milagroso que por espacio de algunos días veló sobre los despojos del santo imán. De tiempo en tiempo aquel hombre se abalanzaba a los espectadores lanzando rugidos como si hubiese querido devorarlos; pero otro hombre que representaba ser su guardián y que iba tras él, lo detenía tirando de una cuerda, y un mollah lo calmaba diciéndole palabras misteriosas y haciendo ademanes magnéticos.

Por espacio de algunas horas pasearon procesionalmente el gun por la ciudad y alrededor de ella, y luego los que lo llevaban tomaron el camino del río de las Latanias, seguidos de todos los habitantes de Puerto Luis. La fiesta tocaba a su fin; iban a enterrar el gun, y, después de haberlo acompañado en su triunfo, querían todos acompañarlo en su ruina.

Llegado que hubieron al río de las Latanias, los portadores de la inmensa máquina se detuvieron en la orilla, y al sonar la media noche, cuatro hombres provistos de sendos hachones se llegaron al gun y lo incendiaron por sus cuatro

costados. Inmediatamente los portadores del gun dejáronlo caer en la corriente.

Sin embargo, como el río de las Latanias sólo es un torrente, y la parte baja del gun apenas tocaba el agua, la llama se comunicó rápidamente a la parte superior, y subió en espiral hacia el cielo. Entonces se ofreció un espectáculo fantástico: la claridad de aquella efímera pero viva luz, iluminó los treinta mil espectadores de todas razas, que vociferaban en todas las lenguas y agitaban sus pañuelos y sus tocados: unos, agrupados en la margen, otros encaramados en las circunvecinas rocas, éstos formando compactas moles gradualmente más sombrías conforme se alejaban bajo los árboles del bosque, aquéllos cerrando el inmenso círculo, subidos en sus palanquines, en sus coches o en sus caballos. Por un momento las aguas reflejaron las llamas que en ellas iban a apagarse, y por un momento también la muchedumbre onduló como las olas del mar, y los árboles se prolongaron en la sombra cual gigantes que se levantan, y no se percibió el cielo sino al través de un rojo vapor que daba a las nubes la apariencia de oleadas de sangre. Poco después la luz menguó, confundieronse unas con otras las cabezas de los espectadores, los árboles pareció como que se alejaban y volvían a la obscuridad, palideció el cielo, que poco a poco recobró su color cenizoso, y las nubes se sucedieron unas a otras cada vez más sombrías. De tiempo en tiempo algún trozo del gun, respetado por las llamas, inflamábase repentinamente, y lanzaba sobre los espectadores y sobre el paisaje un relámpago que, al apagarse, hacía todavía mayor la obscuridad. Poco a poco el armazón del gun fué cayendo en carbones ardientes que hacían estre-

mecer el agua del río; por fin apagáronse las últimas claridades, y, como el cielo, según va dicho, estaba encapotado, los presentes se hallaron envueltos en nebruras tanto más densas cuanto la luz que las precediera había sido más deslumbradora. Entonces pasó lo que siempre al final de las fiestas públicas, y sobre todo después de las luminarias o de los fuegos artificiales: oyóse un gran rumor, y cada cual se encaminó lo más aprisa a la ciudad, hablando, riendo o bromeando; los coches partieron al galope de sus troncos, y los palanquines al trote de sus negros, mientras los peones, reunidos en charladores grupos, iban en pos de aquéllos a paso acelerado. Ora porque fuesen más curiosos, o bien por hausanería propia de la especie, los negros y los hombres de color fueron los últimos en marcharse; pero al fin se alejaron también, unos hacia el campo malabar, otros corriente arriba, éstos internándose en el bosque, aquéllos siguiendo la orilla del mar.

Ya desierto el sitio donde acababa de desarrollarse el espectáculo que hemos descrito, transcurrió un cuarto de hora durante el cual sólo se oyó el murmurio del agua que corría entre las rocas, ni se vió, al despejarse las nubes, más que algunos murciélagos gigantes y de pesado vuelo que se dirigían hacia el río como para apagar con las extremidades de sus alas las brasas que aun humeaban en la superficie del agua, y que luego volvían a remontar el vuelo para internarse y desaparecer en el bosque. Sin embargo poco después se oyó un ligero ruido, y, arrastrándose hacia la corriente aparecieron dos hombres, uno viniendo del lado de la batería de Dumas, y el otro de la montaña Larga. Los dos desconocidos, cuando solamente los separaba el torrente

levantáronse, cruzaron algunas señales, y mientras el uno daba tres palmadas, el otro silbó tres veces. Entonces, del riñón de los bosques, de las esquinas de las fortificaciones, de las rocas que orillan el torrente, de los mangles que se inclinan sobre la playa salieron infinidad de negros y de índicos de quienes, cinco minutos antes, no hubiera sido posible sospechar la presencia. Los índicos, que formaban un bando, se agruparon en torno de uno de los dos jefes que primero llegaron, y que era hombre de color aceitado y hablaba malayo; los negros se reunieron en torno del otro jefe, negro como ellos y que hablaba tan pronto en madagascarés como en mozambique. Uno de los dos jefes, que se paseaba al través de los suyos charlando, amenazando, declamando y gesticulando, era el tipo del ambicioso de baja estofa, del intrigante vulgar: en una palabra era Antonio el malayo. El otro, tranquilo, inmóvil, casi mudo, sobrio de ademanes, parecía atraer las miradas sin buscarlas; verdadera imagen de la fuerza que refrena y del genio que manda, el segundo jefe era Laísa, el león de Anjuán.

Laísa y Antonio eran los cabecillas de la sublevación, y los diez mil negros e índicos que los rodeaban, los conspiradores.

Antonio fué el primero en hablar, y lo hizo en los términos siguientes:

—Erase que se era una isla gobernada por monos y habitada por elefantes, leones, tigres, panteras y serpientes. Los gobernados eran diez veces más numerosos que los gobernantes; pero los gobernantes, que eran unos astutos babuínos, tenían el talento de desunir a los gobernados, por manera que los elefantes odiaban a los leones, los tigres a las panteras, y las serpientes

a todos. De lo cual se siguió que cuando los elefantes levantaban la trompa, los monos enviaban contra ellos a serpientes, panteras, tigres y leones; y por muy fuertes que fuesen los elefantes, siempre acababan por ser vencidos. ¿Rugían los leones? Los monos enviaban contra ellos a elefantes, serpientes, panteras y tigres; de modo que, por valientes que los leones fuesen, acababan siempre por ser encadenados. Si los tigres regañaban los dientes, los monos los hacían atacar por los elefantes, leones, serpientes y panteras; así es que por fuertes que fuesen los tigres, al final los enjaulaban. Si las panteras saltaban, los monos enviaban contra ellas a los elefantes, leones, tigres y serpientes; de manera que con ser mucha la agilidad de las panteras, acababan por ser domadas. Y finalmente si las serpientes silbaban, los monos hacían que las atacasen los elefantes, leones, tigres y panteras, y las serpientes, pese a su astucia, al fin eran sometidas. Por eso los gobernadores, a los cuales les había salido una y otra vez de perlas semejante treta, se reían a so capa siempre que oían hablar de alguna revuelta, y echando al punto mano de su táctica habitual, a la postre sometían a los revoltosos. Esto duró mucho tiempo, muchísimo tiempo; pero llegó día en que una serpiente, más ladina que las demás, y conocedora de las cuatro reglas de la aritmética como el cajero del señor M., calculó que los monos eran, en relación con los otros animales, como 1 es a 8, y reuniendo a elefantes, leones, tigres y panteras so pretexto de una fiesta, les habló en los siguientes términos:

«—¿Cuántos sois?

»Los animales se contaron y respondieron:

»—Somos ochenta mil.

»—Está bien—dijo la serpiente;—ahora contad a vuestros amos, y decidme cuántos son.

»Los animales contaron a los monos y respondieron:

»—Son diez mil.

»—Pues sois verdaderamente unos bestias—repuso la serpiente,—en no exterminar a los monos, pues sois ocho contra uno.

»Los animales se reunieron y exterminaron a los monos, y se enseñorearon de la isla, y la fruta más sabrosa fué para ellos, y para ellos los más hermosos campos y las más lindas casas, sin contar los monos a los cuales manciparon, y las macacas de las cuales hicieron sus concubinas.»

—¿Me habéis comprendido?—preguntó Antonio.

Los negros respondieron atronando los aires con sus voces, vivas y bravos. Antonio había producido con su fábula no menos efecto que el cónsul Menenio, veintidós siglos atrás, produjera con la suya.

Láisa esperó tranquilamente que se apaciguase el entusiasmo; luego tendió los brazos para reclamar el silencio, y dijo estas sencillas palabras:

—Erase que se era una isla en la cual los esclavos se propusieron ser libres, y se sublevaron a una, y lo fueron. Aquella isla se llamaba en otro tiempo Santo Domingo, y hoy se apellida Haití. Hagamos lo que ellos, y, como ellos, seremos libres.

De nuevo hendieron el espacio gritos, bravos y vivas; pero fuerza es confesar que el discurso de Láisa era demasiado sencillo para conmover a la multitud, como lo hiciera Antonio; el cual, advirtiéndolo, concibió una esperanza, e hizo seña de que deseaba hablar.

—Láisa ha dicho la verdad—profirió el malayo luego que se hubo restablecido el silencio.—He oído contar que más allá del Africa, lejos, muy lejos, del lado en que el sol se pone, hay una grande isla donde todos los negros son reyes. Pero en mi isla como en la de Láisa, en la isla de los animales como en la de los hombres, hubo un jefe elegido, uno solo.

—Antonio tiene razón—dijo Láisa;—todo poder compartido se debilita; opino pues como él; es menester un jefe, pero uno solo.

—¿Y quién será ese jefe?—preguntó el malayo.

—Decídanlo los que aquí están reunidos—respondió Láisa.

—El hombre digno de ser nuestro jefe—repuso Antonio,—es el que podrá oponer astucia a astucia, fuerza a fuerza, valor a valor.

—Es cierto—dijo Láisa.

—El hombre digno de ser nuestro jefe—prosiguió Antonio,—es el que ha vivido con los blancos y con los negros; el que por la sangre tiene tanto de los unos como de los otros; el que, libre, haga el sacrificio de su libertad; el que tiene una cabaña y un campo y se arriesga a perder campo y cabaña. Este es el hombre digno de ser nuestro jefe.

—Es cierto—dijo Láisa.

—Sólo conozco un hombre que reúna estas condiciones—repuso el malayo.

—Y yo también—agregó Láisa.

—¿Quieres decir que eres tú?—preguntó Antonio.

—No—respondió Láisa.

—¿Luego convienes en que soy yo?

—Tampoco.

—¿Quién es, pues?—exclamó el malayo.

—Sí, ¿quién es? ¿dónde está? ¡Que venga!

¡ que se presente !—gritaron a una negros e indicos.

Laisa dió tres palmadas, y al mismo instante oyóse el galope de un caballo, y a las primeras claridades del naciente día, vieron todos salir del bosque un jinete que a rienda suelta llegó hasta el corazón del grupo, y detuvo tan repentinamente a su cabalgadura, que ésta encogió los corvejones.

Laisa tendió la mano con ademán de suprema dignidad hacia el jinete, y dijo :

—¡ Ahí vuestro jefe !

—¡ Jorge Munier !—exclamaron diez mil voces.

—Sí, Jorge Munier—dijo Laisa.—Habéis pedido un jefe que pudiese oponer astucia a astucia, fuerza a fuerza, valor a valor. Helo aquí. Habéis pedido un jefe que haya vivido con los blancos y con los negros y en cuyas venas corriese sangre de negros y blancos. Helo aquí. Habéis pedido un jefe que fuese libre e hiciese el sacrificio de su libertad ; que tuviese una choza y un campo y arriesgase la pérdida de su campo y de su choza. Helo aquí. ¿Dónde buscaríais otro? ¿dónde hallaríais otro semejante?

Antonio quedó confundido ; todos volvieron sus miradas hacia Jorge y levantaron un gran rumor.

Jorge, conocedor de los hombres con quienes había de habérselas, comprendió cuánto importaba hablarles ante todo a los ojos ; así, pues, se había envuelto en magnífico alquicel abrumado de bordaduras de oro, bajo el cual llevaba el caftán de honor que le regalara Ibrahim Bajá, y sobre el cual brillaban las cruces de la Legión de honor y de Carlos III. *Antrim*, por su parte, impaciente y orgulloso a un tiempo, ostentaba una preciosa mantilla roja y se estremecía bajo su amo.

—Pero ¿quién nos responde de él?—preguntó Antonio.

—Yo—respondió Laisa.

—¿Ha vivido con nosotros? ¿conoce nuestras necesidades?

—No ha vivido con nosotros, pero sí con los blancos, de quienes ha estudiado la ciencia, y en cuanto a nuestros deseos y a nuestras necesidades, las conoce, porque nosotros no tenemos más necesidad ni más deseo que la libertad.

—Que empiece, pues, por devolverla a sus trescientos esclavos.

—Están libres desde esta mañana—dijo Jorge.

—Sí, somos libres, nuestro amo Jorge nos ha dado la libertad—clamaron acá y allá entre la muchedumbre.

—Pero está relacionado con los blancos—opuso Antonio.

—A vuestra faz rompí ayer con ellos—respondió Jorge.

—Pero ama a una doncella blanca—dijo el malayo.

—Es un triunfo más para nosotros, hombres de color—replicó Jorge,—pues la doncella blanca me ama.

—Pero si vienen y se la ofrecen por mujer—arguyó el malayo,—nos venderá y pactará con los blancos.

—Si vienen y me la ofrecen por mujer, no la aceptaré—respondió Jorge ;—pues quiero que sea mía por su exclusiva voluntad, y no necesito que me la dé persona alguna.

Antonio intentó oponer una nueva objeción ; pero los unánimes gritos de «¡ Viva Jorge ! ; viva nuestro jefe !» sofocaron su voz de tal suerte, que no pudo pronunciar una sola palabra más.

Jorge hizo seña de que deseaba hablar, y, restablecido el silencio, dijo :

—Amigos míos, ha llegado el día, y, por tanto,

la hora de separarnos. El jueves es día de fiesta ; el jueves sois todos libres ; el jueves, pues, a las ocho de la noche, compareced todos aquí, y, puesto yo a vuestra cabeza, nos echaremos sobre la ciudad.

—¡ Sí ! ¡ sí !—gritaron todos.

—Dos palabras más—profirió Jorge :—si entre nosotros hubiese un traidor, decidamos que, una vez probada su traición, cada uno de nosotros podrá matarlo sin demora y en la forma que quiera, lenta, suave o cruelmente. ¿Os sometéis anticipadamente a este fallo? Yo me someto a él desde luego.

—¡ Sí ! ¡ sí !—gritaron todos,—si hay un traidor, que muera.

—Está bien. Decidme ahora, ¿cuántos sois?

—Diez mil—respondió Laisa.

Mis trescientos servidores tienen orden de entregaros cuatro pesos a cada uno, pues urge que para el jueves por la noche, cada cual posea un arma cualquiera. Hasta el jueves.

Dichas estas palabras, Jorge saludó con la mano y se volvió por donde viniera, mientras los trescientos negros abrían sendos saquitos henchidos de oro y daban a cada uno los cuatro pesos prometidos.

Verdad es que esta magnificencia regia costaba a Jorge Munier cuarenta mil duros ; pero ¿qué significaba esta suma para un millonario como él, máxime cuando habría sacrificado toda su fortuna al cumplimiento del plan madurado tanto tiempo hacía en su ánimo?

XX

LA CITA

Jorge, uno de tantos a quienes la inacción aniquila y la lucha engrandece, entró en su casa mucho más sosegado de cuerpo y de espíritu que no pudiera haber sospechado, y, para el caso de un ataque imprevisto, preparó sus armas, aparejándose al mismo tiempo una retirada hacia las grandes selvas que él recorriera en su infancia, y el murmurio y la inmensidad de las cuales, unidos al murmurio y a la inmensidad del océano, habían hecho de él el niño pensador que vimos al comenzar esta historia.

Pero aquel sobre quien recaía en realidad el peso de todos aquellos acaecimientos imprevistos, era el pobre Pedro Munier. Durante los últimos catorce años de su vida, el infortunado padre no había alentado otro deseo que el de ver nuevamente a sus hijos, y los había visto a los dos ; pero su presencia sólo sirvió para mudar la atonía habitual de su vida en una inquietud sin cesar renaciente : el uno, capitán negrero, en lucha eterna con los elementos y las leyes ; el otro, conspirador ideólogo, en pugna con las preocupaciones y los hombres ; ambos en guerra contra lo más poderoso del mundo, y ambos expuestos a verse de un momento a otro quebrantados por la tormenta, mientras él, encadenado por su hábito de obediencia pasiva, los veía a los dos ir en derechura al abismo, sin fuerza para retenerlos y sin más consuelo